

COLECCIÓN DE POESÍA ■ ■ ■



Elvira Sastre
Baluarte

Valparaíso
EDICIONES

COLECCIÓN DE POESÍA ■ ■ ■



Elvira Sastre

Baluartes

 Valparaíso
EDICIONES

A mis padres, a mi hermana, a mi familia y Andrea por
cobijarme. A Benjamín por su mano en el camino. A
la vida por plantarme cerca a Adriana: la flor más
bonita del jardín. A quien sabe que la poesía es un
camino de espinas que termina en rosa. A quien me lo
enseñó.

COMO QUIEN SE QUIERE A SÍ
MISMO QUERIENDO A QUIEN AMA

Y si me hubieras encontrado limpia, sin
mala conciencia, sin pena en el sueño,
sin mordiscos de otras arraigados en
mis hombros.

¿Me habrías bañado de madrugada,
lamido las legañas, peinado mi
insomnio, acariciado mis manos
arrugadas con tus dientes?

Y si me hubiera vestido de algo parecido a ti, si te hubiera mentido contándote mis verdades, si te hubiera dicho que eras la única y no la primera.

¿Me habrías desnudado con los ojos cerrados y las manos expertas, besado mientras te hablaba de mi vida, igualado en el pedestal tu nombre y el mío y hecho de este un amor a la par?

Y si me hubiera vendido como el amor de tu vida, si te hubiera comprado como el amor de la mía.

¿Nos habríamos enamorado como

quien se quiere a sí mismo queriendo a
quien ama?

TRES MIL LATIDOS Y DOSCIENTOS
LITROS DE SANGRE

Si pudiera multiplicarme pasearía
contigo dándote las dos manos.

Quiero decir, si pudiera ser dos yo, yo dos veces –entiéndeme–, un alma repetida como el rizo que se enredara entre dos dedos y pareciera un meñique o los labios que abrieran paso a una lengua que precediera a un beso que se duplicara buscando la eternidad, colonizaría tu hoy y tu mañana, te esperaría donde estarías y donde querías estar, te extrañaría viendo cómo tus besos crean goteras en mis pestañas y al mismo tiempo te dibujaría labios llenos de saliva en el centro de tu dedo corazón.

Si pudiera redoblarme nos observaría desde fuera como quien mira a los ojos de la muerte: con envidia.

Si pudiera estar aquí y allí estaría en ti y en ti, prendería fuego a Troya mientras te regalo París, te miraría dormir y al mismo tiempo soñaría contigo.

Ya sabes a lo que me refiero, si pudiera engañar a las coordenadas crearía un mapa donde solo cupieran tus dedos de los pies y esta necesidad mía de seguirte a todas partes.

Si pudiera ser la misma en dos mitades, amor, te vestiría con el mismo nerviosismo con el que me dejas desnudarte, limaría mis errores para que el tropiezo fuera suave y sería a la vez precipicio e impulso de todos tus miedos y sueños.

Si pudiera, mi amor, convertiría todo lo que ahora es singular en plural.

Pero no puedo, así que has de conformarte con lo único que puedo hacer: quererte -no el doble, ni por dos, ni al cuadrado, sino con la fuerza de un ejército de tres mil latidos y doscientos litros de sangre que queriéndote dar más de lo que tiene te da todo lo que es-.

Día Uno sin ti: te echo tanto de menos
que en mi reloj aún es ayer.

OH DIOS

(Odio casi como quiero.)

Odio que llueva y que el sol evapore los charcos y el calor seque mi cuerpo sin dejar espacio al frío.

Odio alimentarme de restos de todo lo

que fue: moribundos, insaciables,
apenas laten pero resuenan como vivos.

Odio el frío: solo es una excusa para
llamar a tu abrazo, odio llorar sin poder
contártelo —como quien se masturba en
soledad y sin fantasmas—, odio dormir
por inercia y no por agotamiento.

Odio mi falta de presencia ante los
destellos, esta incapacidad mía al
intentar atrapar las estrellas fugaces y
obligarlas a quedarse, repeler todo
aquello que signifique abrazarme por si
me daña.

Odio poder decidir sobre mi muerte
mientras la vida aparece y desaparece

cuando le da la puta gana.

Odio desconocerme cuando recupero mi pasado –estoy hecha de un bucle que rechazo y repito-.

Odio tanto que no sé odiar.

(Odio muchas cosas. Pero a ti no podría odiarte.

Porque odio casi como quiero.

Y contigo siempre he sido a doble o nada.)

COMO UNA BALADA DE EXTREMODOURO

Vivir el amor como si fuera una balada
de Extremoduro.

Besar cuerpos como si fuera de ahí solo
hubiera un precipicio donde algo
amenazara con arrancarnos la boca.
Como si nos dieran a elegir, como

Montero, entre sus labios o la vida.

Caminar poniendo punto y seguido a todas las huellas. Dejar las comas y puntos finales para contarlos.

Olvidar de mentira, lo justo para convertir desamores en recuerdos.

Llorar hasta secarnos y reír hasta volver a mojarnos por dentro.

Morir creyendo en la resurrección.
Resucitar creyendo en la muerte.

Enmudecer apreciando en el silencio otra forma de hablar, aceptando el ruido del mutismo, abrazando la belleza que

guarda el latido de un corazón silente.

Pensar como quien sueña: a través de un pulso callado entre deseo y realidad.

Perder —y perderte— queriéndote lo suficiente para poder encontrarte cuando desees parar.

Sobrevivir sabiendo que ayer nunca volverá, mañana nunca llegará y hoy siempre será. Tocar los días como si tuviéramos guardados cinco orgasmos en cada mano.

Luchar enseñando el dedo corazón a todos aquellos que no saben amar.

Escribir como quien sabe que jamás
tendrá la última palabra pero sí la única.

Día Dos sin ti: no salgo de la cama, aún
estás conmigo, tan guapa, aunque sea
en mis pesadillas.

ESTE PUTO MILAGRO DIVINO

Yo que siempre pestañeo cuando pasan
estrellas fugaces, que lloro viendo
anochecer en el mar o escuchando a
Ludovico Einaudi porque me siento
incapaz de abarcar tanta belleza y eso
me llena de tristeza, que tengo un
corazón en dos por cuatro y un silencio
entre los labios, que temo más a la

oscuridad que a los monstruos, que no pertenezco a ningún lugar porque abandoné mi casa para cohabitar con mi existencia y debo mil facturas, que no confío en quien me quiere por no salir de mi rutina, que escribo porque no soporto mi ruido y todo lo demás es adorno.

Yo que curo al alcohol con mis heridas, que nunca aprendí a ser feliz más allá de mí misma, que me resulta imposible mirar a otros ojos más de tres segundos porque me aterra ser descubierta, que no sé mentir pero desconozco cuándo digo la verdad, que echo de menos mi futuro, y así con todo, que soy tan minúscula como el punto de una i y

prescindible como una exclamación de
apertura, que te quiero más pero
siempre después de ti.

Yo que nunca creí en el cielo ni en la
salvación y que concibo la redención
como un fantasma o un recuerdo...

Permíteme confesarte a ti, ángel subido
a mi pecho: que de repente vi tus brazos
salados abriéndose como dos nubes de
agua, tu busto sinfónico inflándose
como un huracán dentro de un volcán
en erupción, tus ojos espumosos
destapándose como las puertas de mi fe
ante las certezas, tu boca llenándose de
mandamientos impenetrables como
rocas milenarias, tus piernas benévolas

empapando mi suelo de flores
anacaradas, tus dedos silentes
ahogándose entre esdrújulas arrítmicas,
marítimas y selváticas, tu voz
glorificada disparando amor a mis labios
resecos y perdidos...

...y aún no me creo este puto milagro
divino.

UN SUEÑO

El resto del mundo buscaba las respuestas.

Ella tenía las preguntas.

Era un domingo con etiqueta de fiesta de sábado enredado en nostalgia.

Yo caminaba sola, a caballo entre mi cansancio y la esperanza que te ordenan tener, mirando al suelo –siempre– para no perder detalle de la belleza de las cosas que son más pequeñas que nosotros.

No sabía dónde iba: estaba atrapada entre una huida que acababa siempre liberándome y una libertad que me volvía presa de mí misma.

De repente empezó la lluvia y, como si

fuera una banda sonora programada de una de esas estúpidas películas felices o el tiro que indica la salida de la carrera de tu vida hacia la muerte, levanté la mirada y fui testigo de cómo Gran Vía guardaba silencio, como calla quien no sabe qué decir ante lo que es más grande que él.

Ella. Así, con mayúscula, como se escribe Lluvia, Invierno y Tristeza o Pájaro, Amor y Saliva. Ella.

Paseaba despacio, se la veía tan segura de que el mundo dependía en ese momento de sus pies que la prisa no entraba en sus pasos.

Sonreía a solas, como un prodigio animal en medio de una selva humana. Parecía que decía: idiotas, la solución a todo está en nuestras bocas.

Zarandeaba sus manos buscando algún tipo de herida, tenía los ojos de color café batalla y en el pelo un millar de caricias en marzo. Su pecho parecía batirse en retirada a cada latido y sin embargo era fácil entender que era el aire el que la respiraba a ella.

Miraba al horizonte: cualquiera en su loco juicio hubiera dicho de ella que tenía todas las preguntas, que era una niña perdida que había venido a salvar(me d)el mundo porque nunca lo

sabría, que probablemente habría nacido en una nube y se marcharía con la próxima tormenta con el resto de todas esas historias que violan con violencia vidas.

A través del deseo de querer besarle los párpados, me di cuenta de que era uno de esos seres que jamás, ni aun empujando tu empuño, podrías llegar a conocer.

Era una de esas maravillas que te hacen querer ser humano.

Juro que no exagero si os digo que todo mi invierno se concentró en su cara, que la lluvia era más pequeña que ella –igual

que mi corazón, los árboles y la contaminación de Madrid—, que nada tienen que hacer las mariposas y los terremotos cuando ella pestañea, que la miré como si Gran Vía fuera el diluvio universal y Noé la hubiera señalado solo a ella.

Que la vida puede durar un cruce de miradas en medio de una tormenta. Y os aseguro que eso es un regalo, eso es más que suficiente.

E igual que apareció se marchó: como quien camina de puntillas y provoca estampidas de latidos. Disimulando, como si no creyera en la poesía y pensara que todo lo que no se dice en

voz alta no existe. Como un secreto,
ignorante de que son silencios que
hacen más ruido que la verdad.

Y yo la dejé irse, sin nombrarla, para no
romper su existencia.

Día Tres sin ti: no llamas y todo, las
canciones mi cama la pena mi pecho tu
nombre mi nombre con el tuyo tus
fotos mis trozos nuestros restos,
comunica.

PERO ERES TÚ, PERO SOY YO

Es como si bailaras al son de una canción que detesto pero eres tú, y te imagino tormenta.

Es como si rezara a un dios en el que no crees pero soy yo, y te arrodillas.

Me arde en las manos este deseo de tocarte, se me han deshecho los dientes, muertos de pena: mi boca es un barrizal

sin tu saliva.

Me duele el pecho por tenerte tan lejos
dentro de mi costado, me estoy
enterrando en la zanja que nos separa y
creo que quiero seguir viva.

Si go res pi ran do.

Y te pongo detrás ...para que me des
impulso.

Lo cierto es, mi jodido amor, que mi
futuro te sigue desvistiendo a dos
manos, que dejo la ventana abierta para
que olvides los portazos, que no sé si
me pesan más las ojeras o el sueño pero
sigo tumbada al lado de tu hueco y me

levanto tan dolorida, mi bella muerte, que mi madre no deja de preguntarme quién me duele y no me entiende cuando le señalo mi garganta, que necesito que me digas que no te vas a ir nunca mientras te vas, que necesito que me digas que te vas para siempre mientras te quedas.

Pero salta, bendita tristeza, salta, que no quiero que se te quemen las manos tocándome, que te duela la piel bajo las mías, que no soporto la idea de verte morir de pena después de volver a hacernos en el amor para después ser ceniza, que tengo el pecho desinflado y pronto no cabrás —y a estas manos les falta cobardía para rechazarte—.

Salta, que llevo tus alas por bandera desde el primer día.

Mentirme era tan verdadero cuando conseguía convencerte...

Te quiero tanto que quiero terminarte, te quiero tanto que mañana no podré hacerlo más.

LUGAR, CASA, HOGAR

Camino por una ciudad que ya no me habita.

La toco descosida, le salen hormigas de los ladrillos de las paredes, suenan alarmas y ya no responden sirenas —si acaso le han salido hormigueros en cada jardín—.

Juraría que todo está cambiado. Juraría que antes aquí había mar. O cielo.

Juraría que yo sobrevolé esta ciudad con más alas que años.

(...)

Cuando uno se marcha, se da cuenta de que hogar no es de donde vienes ni a donde vas. Llevamos la casa a cuestas, y a veces son tan empinadas y estrechas que la abandonamos a mitad de camino.

Por eso, cuando nos perdemos a nosotros mismos cuesta tanto sentirse a salvo.

Cuando uno se marcha y vuelve al tiempo lo hace con otro color de ojos, con un peso diferente en las manos, con un sabor distinto en la espalda, con un corazón que late en emigrante.

Cuando uno se marcha y regresa se encuentra con un lugar maquillado y

extraño, una ciudad puesta en gala para otros como esa chica a la que rechazamos y se vuelve, de repente, un ser precioso y no apto para nosotros.

La relación entre un emigrante voluntario y su ciudad de origen es como la de una pareja que creció junta y quiso amarse toda la vida para abandonarse después: los residuos de un amor que se presentaba eterno y de una ruptura que se declaró inevitable.

(...)

Ni todos los lugares de los que uno se va se pausan ni todas las personas que uno abandona se quedan.

Pero a ti podría decirte que haré de cualquier lugar que lama tus huellas tu hogar.

A ti podría decirte que si algún día me abandonas me colocaré delante, justo en ese preciso lugar que no te permita nunca mirar hacia atrás con pena.

A ti podría decirte que has de saber que ya ocupas mis ojos, que llevo tu risa incrustada en mis arterias, que no hay lugar en mi cuerpo en el que no quepa tu pena, que cuando no tengas un sitio

al que volver pienses que tienes abiertos todos mis huecos.

A ti podría decirte que si un día te sientes perdida dentro de ti misma, daré con la solución a tu laberinto abriéndome el pecho y poniéndote delante, justo en ese lugar donde hablo tanto de ti que no te costará esfuerzo reconocerte y volver a encontrarte.

A ti podría decirte que para mí cualquier lugar es mi casa si eres tú quien abre la puerta.

Día Cuatro sin ti: me abandonaste a las
tres en punto. El reloj lleva cuatro días
marcando las tres y cinco.

ERES LO MÁS BONITO QUE HE HECHO POR MÍ

Eres lo más bonito que he hecho por mí.

La gente en vez de decirme “el amor te sienta como un guantazo” ahora me confiesa “el amor te sienta como un guante, blanco, hecho a medida”, y yo les contesto: “El amor es una bala unidireccional y nuestro pecho un punto fijo: lo que determina el choque, el temblor, el derrumbe de cimientos o

la recuperación del jardín, es el hueco que acompaña a tu mano en el impacto”.

En otras palabras, sujeta la mano de tu asesino y ganarás su caricia.

Y es que resulta que a mí el crimen me pilló masturbándote, amor, o masturbándome pensando en ti. Como si hubiera diferencia. Como si no fuera lo mismo amarte, amarme y amarnos. Como si fuera posible soltarte. No lo sé, pero desde que te quiero mis manos están preciosas.

He lanzado al aire todas mis dudas, y ha salido tu cara. Jamás entendí eso de la

suerte y de la fortuna, así que no sé bien qué quiere decir, pero me han entrado unas ganas locas de arrojar flores a los pies de tu cama. La verdad es que la ciudad, mis pulmones y el cambio climático han agradecido esta hostia primaveral. Y ahora respiro mejor, subo sin cansancio las cuestas y puedo durar cuatro estaciones haciéndote el amor.

He bajado los pantalones a las canciones con las que un día lloré y mi pena ha brillado como un pájaro atrapado en la nieve: no quisiera menospreciar a mis tormentos, pero tu sonrisa sobre mi lágrima consiguió ser el mejor de los remedios. Pero no te alejes demasiado, sigo necesitándote

por si enfermo.

Lo cierto es que no quiero que suene a chantaje, no malinterpretes mis quejidos, pero es posible que si te marchas llore hasta inundar medio continente, y ya tenemos bastante con los desastres naturales como para añadirle el mío, ¿no crees?

Quisiera explicarte de una forma sencilla que desde ti todo lo malo se ha dado la vuelta, y qué bonito es el optimismo, joder.

Estás hasta cuando no estoy, así defino mi soledad ahora. Te tengo incluso cuando se me rompen los bolsillos,

ocupas mi vacío, eres la antítesis de la nada, aguas mi desierto, eres el pasado de todas las ausencias.

No me apena la tristeza, no me dan miedo los días malos ni las malas personas, no evito mi caída, no me importa no acertar.

Eres a mi pena lo que la chimenea al invierno, la sonrisa que no cambia este puto mundo de mierda pero hace que me dé igual vivir en él, el aplauso que infunde valor a mis tropiezos y sabe mejor que una victoria, el centro de la diana de todas mis apuestas.

Eres tan bonita que decírtelo resulta

redundante y no decírtelo se parece al silencio. Al final siempre acabo besándote, que es la mejor alternativa a la poesía. Y ya sabes que a mí me gusta acabar los poemas con el verso perfecto, ese que empieza en un papel y acaba en tu boca.

UNO ES DE DONDE LLORA

Siempre estoy de vuelta porque uno es de donde llora.

El pasado me llena los ojos de polvo, de piedras, de arena molesta, y todos aquellos que dicen que es el tiempo el que controla los latidos saben que miento cuando les digo que es algo y no alguien quien ha interrumpido mi parpadeo.

(...)

Busco alguien que me mantenga viva de cuerpo presente.

Alguien que sepa que el ahora es un suicida al borde del puente a una coma de la liberación, el envoltorio de un regalo, la mirada de un ciego, un premiado incomprendido, la vida con la piel de gallina.

Alguien a quien querer aquí y ahora.

(...)

A veces conjugo en futuro porque suelo creer en todo lo que no existe.

El futuro me miente con piedad, como

un engañabobos, como un político idiota. Es una quimera a la que no llega mi dedo corazón. El futuro es entrañable. El futuro es eso que no es y en donde estamos todos.

(...)

Sin embargo, a veces te miro cuando te abrazas a mí en el sofá después de comer y sonríes, respirando caliente, sobre mi pecho y me dices eso de: “no te buscaba, pero besas mis instantes y ahora es mi futuro quien te espera”, y me resulta imposible no pensar: “en la teoría todo es una mierda; pero, en la práctica, tú estás encima de mí —y viceversa— y todo es maravilloso”.

Día Cinco sin ti: tu ausencia aplastando

mis entrañas. Pareciera que han pasado
por mi alma noventa años.

LA POESÍA JAMÁS TE OLVIDARÁ

Te he vuelto a ver desnuda y se me han corrido los ojos de pena. Debí borrar aquellas fotos el día que te olvidé, ¿pero

quién sabe cómo deshacerse del rastro de una estrella fugaz cuando ya te ha mirado a los ojos? Uno es preso de todo lo que ha amado porque el amor es una condena de cadena perpetua en una cárcel sin rejas.

Estabas preciosa vestida de nada. Solo eres verdad cuando eres silencio, cuando eres paz y calma y te pintas de blanco el pelo para mí. Hubiera jurado que fuiste real cuando te vi llorar por mí, cuando temblaste de miedo por mí, cuando te descubriste besándome a mí. Nada me asusta más que pensar que quizá solo existieras en mi cabeza.

Ojalá entendieras lo sola que me siento

cuando te pienso, como si cargara con una tristeza que no me corresponde y has hecho tuya —ya ni mi pena es mía—. Te empeñaste en ser la protagonista de mi vida aunque fueras la mala, no me quiero por haberte creado aunque definas parte de mi historia. Te regalo mi atención, si es lo que quieres, pero baja ya el puto telón y deja que corte mi cabeza. No hay nada más triste que querer hacer un best-seller de un libro solo para dos ni una película rodada para un único espectador. O quizá sí, quizá sea más triste el silencio cuando no es forzado.

Apareces cuando me quedo a solas conmigo misma, en ese infierno en el

que la soledad es una multitud de gente y ruido y alguien llora al otro lado de la pared. Y, entre la tentación de odiarte o abandonarme a lo que depare tu recuerdo —con suerte un suspiro; sin ella, un poema—, aprieto los dientes con fuerza y dejo que pases, como un dolor momentáneo, como un golpe seco y certero, como una palabra mal dicha y a destiempo, como las horas el peor día de tu vida: sin remedio, con esfuerzo y sin darle importancia.

Hay sueños que son la estela de un deseo constante y otros que reflejan anhelos secretos y son casi pesadillas. Adivina en cuáles sales tú.

No he superado este dolor porque aún no he desaprendido el placer de mis heridas. El día que deje de escribir y alguien me aplauda sabré que existe la inocencia.

No te creas dueña y señora de mi tristeza: solo aquel que posee algo es capaz de liberarlo, y hace ya demasiadas palabras que sé que eres un motivo pero no la causa —esa gran diferencia que tan poca gente entiende—. Un día me salvaré y el cielo caerá sobre mi cabeza. Me siento mejor así, de veras, no te entristezcas y te vuelvas una nube gris por ello.

Tengo que aprender a llorar mejor,

olvidar la vida que no pasa, volver a casa y dejar que me noten ausente, deshacerme de las armas que coloqué hace un tiempo en un lado de la cama y besar en la boca a la calma. Escúchame: mi bandera blanca es mi piel desnuda y hace tiempo que no paso frío.

Quien me conoce sabe que no es fácil hacerlo: por eso la mayoría huye al principio, por eso los pocos que lo consiguen se quedan para siempre. No dejo sin casa a aquel que llega a mí atravesando bosques de lenguas extintas.

Tengo, del mismo modo, que confesarte de una manera dulce que te he olvidado,

que tus fotos son una caricia del pasado
pero en mi mañana ya no te miro, que
he aprendido que recordarte no es más
que un beso a mi herida para que no se
sienta tan sola como yo cuando me la
hiciste, que aquí hace tiempo que ya es
primavera aunque haya días de
tormentas torrenciales pero mírame: he
aprendido a bailar —quién lo diría, amor,
con esta vida que llevo tan llena de
tropiezos—.

No sé dónde estás pero sé que en el
lugar que sea estarás orgullosa de mí
por olvidarte. Te he olvidado, amor roto.

Pero no tengas miedo a que nadie te
recuerde: la poesía jamás te olvidará.

INFECCIÓN

Infesta burla de la vida, maldita tristeza.
Suicida alimaña que solo busca torturar
el alma en el regocijo de su
putrefacción. Vomitivo ataque que
refugiándose en una arcada sobrevive y

se hace con el aire, impregnando hasta
el aliento de una voz. Y ni te matan ni
matas: solo deshaces, diluyes y
destruyes. Y aún así te salvas en la
inspiración de derruidos poetas, manos
muertas que te expulsan rotas de dolor;
en palabras destrozadas, vomitadas en
frases mordidas por el tiempo; en
miradas que sentencian muerte,

disyuntiva entre tu cuerpo y el mío.

Día Seis sin ti: hoy solo he llorado
escuchando a Andrés y leyendo a
Ernesto. Voy mejorando.

HIBERNO

Siempre que dormíamos era invierno, y en el frío me enseñabas a volar y yo te echaba de menos. Entonces despertaba. Y te echaba de menos.

La primavera no quiere que los amores
de invierno terminen,

pero el verano ha llegado

y ha arrasado con todo.

Ahora tú solo sabes hablar del sol, te
haces un moño despeinado mientras
bostezas, te pintas las uñas de los pies,
te ríes mucho más que antes, y,
mientras, me dejas de querer.

Ahora yo me vuelvo a refugiar en los
poemas y escribo sobre febrero, echo de
menos la lluvia y el sabor de tu jersey,

y, mientras,
te quiero más que ayer.

SOLO CONMIGO. SOLA CONTRA

MÍ.

Los ruidos de mi cabeza no me dejan dormir y apenas recuerdo la última vez que desperté, pero es imperturbable el silencio de la soledad con uno mismo, son irrompibles los diques de la sinrazón.

Y yo estoy solo conmigo pero sola contra mí.

Acabo muerta cada vez que me enfrento a mis fantasmas y este no saber si me vencen luchando o si me dejo ganar por cansancio derrota cualquier amago de

abandono. Preferiría ver la cara a mi miedo: es mil veces peor vivir con el temor a encontrarla.

Son inútiles mis trampas: combatir el miedo a caer no se hace luchando desde el suelo. ¿Pero cómo me voy a levantar si la mano que se muestra tendida es la misma que me retiene? ¿Quién me tiende y quién me tiene? ¿Quién me entiende?

El mundo es un engaño para quien no sabe jugar y yo solo confío en los confiados porque son los únicos que no creen en la mentira —porque ni yo lo hago—.

No envidio a quien no tiene motivos para llorar, agradezco a la nube que se vació sobre mi cara esta pena pausada, sé ver el gris del arco-iris igual que sé poner color a las pesadillas pero aún no sé cómo cerrarme los ojos, me anestesia todo lo que duele y eso es algo que nunca comprenderé pero he suspirado agua por los ojos viendo el mar y creo que lo entiendo.

Solo me valoro en otras bocas, me canso de los espejos y de las orgías de palabras vacías, olvido todo lo que no fue capaz de romperme y reconstruirme en un mismo golpe, empatizo con todo aquel que acumula bocetos incompletos porque mi vida también fue una mancha

negra en un lienzo blanco, —pero entonces alguien me llevó a un museo y me llamó arte—.

Quizá solo se trate de encontrar a quien te sigue mirando cuando tú cierras los ojos.

Y escribo, escribo, escribo, escribo para que mis ruidos no me cieguen. Escribo, escribo, escribo, escribo para dar al silencio una excusa. Escribo, escribo, escribo, escribo para repetirme que todo está vivo. Escribo, escribo, escribo, escribo para enseñarme todo lo que desconozco de mí misma, todo lo que no quiero terminar de conocer. Escribo, escribo, escribo, escribo para que el día

que no me mires no quieras marcharte,
para que el día que quieras irte lo hagas
sin dudar. Escribo, escribo, escribo,
escribo porque la música es suficiente y
yo soy persona de excesos. Escribo,
escribo, escribo, para nunca saciar este
hambre de todo que se vacía con nada.

Escribo, escribo, escribo. No dejo de
escribir. No quiero morir.

(Y es que aquí dentro solo late un
pensamiento: qué será de mí cuando
descubra que las palabras también son
mentira).

Día Siete sin ti: mi madre me ha besado
las ojeras y he salido del ataúd que es
mi cama sin ti, dejando al lado de la
almohada una nota de resurrección.

PAÍS DE POETAS

Hoy a España le han dado una paliza –
el último parte indica agonía– y llora
como un cachorro abandonado en la

cuneta mientras susurra llena de pánico: se están llenando mis puentes. Y yo la miro con los ojos llenos de justicia y le digo: aguanta, te salvaremos los supervivientes.

En la calle solo queda vivo un hambre feroz que aterra: el canibalismo de un capitalismo devorador. Quien dice defendernos nos acaricia y nos deja la cara llena de sangre: un abrazo falso duele más que una puñalada... y lo saben.

Quieren rajar nuestras gargantas y nutrirnos de sus restos, atar la libertad de pies y manos y lanzarla al mar como quien ahorca con saña los derechos

humanos. Son culpables de todo este daño y no saldrán inmunes: este aullido en su oído pronto se convertirá en dentellada. Seguimos siendo salvajes humanos dentro de su circo, pero terminará la función y destrozaremos su sonrisa de payaso.

Os estamos descubriendo y la rabia fluye por nuestras venas junto al hambre, la pobreza y la injusticia —quién os lo iba a decir: cabe más humanidad en estos cuerpos que mierda en todos vuestros discursos—.

Hoy España huele a podrido, aunque yo la siento más guapa que nunca cuando bajo a comprar al mercado en ese

puesto que está a punto de cerrar y me desean buen día o cuando veo a un estudiante ceder su asiento a una mujer con una pensión de mierda que sonríe con esa resignación de quien ha vivido de paz a guerra de paz a guerra de paz a guerra de paz a... Parece que cada mañana el pueblo grita: “Nos quedamos para salvarte, España.” Y el pueblo nunca miente.

Y vosotros escuchad, soltad los hilos corruptos de vuestras manos y mirad hacia abajo, cerrad vuestra boca llena de humo negro y abrid bien vuestros oídos viciosos: solo aquel que no tiene nada tiene todo. Nos habéis convertido en el ejército más poderoso: ese que no tiene

nada que perder. Y vamos a por
vosotros, armados hasta los dientes de
valor, escudados con una resistencia
caníbal y con un amor violento por la
supervivencia.

Jamás debisteis usar a las palabras en
vano: vivís en un país lleno de poetas.

EL VUELO DE MI VOLUNTAD

El amor es un pájaro y a ti te quedan pequeñas todas las metáforas.

Mira, cuando el dedo apunta al cielo y yo te miro a ti y pienso: joder, ¿y si resulta que somos pájaros volando en la tierra?

Verás, tengo al miedo recluido en un cuarto de mi cuerpo a oscuras para que se sienta cómodo y no quiera salir – disculpad la cobardía, pero a veces duermo por no encender la luz—. Si quieres domesticar a tus fantasmas dales una pistola con una única bala, una habitación sin luz, cuenta hasta tres y huye. Todos los valientes mueren en el penúltimo paso pero solo los cobardes lo saben.

En el otro cuarto amanecemos tú y yo cada día como animales salvajes reducidos al instinto básico de supervivencia humano: amarse. Qué voy a decir al respecto: que nos es suficiente lo demuestra la quietud de

mis heridas —hay quienes se conforman con poco para vivir, otros necesitan de más para no morir y a mí me basta amarte para saberme inmortal—.

En la mitad que me queda llueve, a veces. Es un cuarto con goteras y los vecinos se quejan: lloras muy alto, me acusan. Déjenme quererme, les suplico. Después abro la puerta y entras tú como un vendaval sin portazo: resulta que desde que me bebes no me ahogo, bebiéndote aprendí a nadar. Una noche apagaste la lámpara y me llamaste luz: desde entonces cada vez que tengo miedo río —qué sencillo es todo lo difícil cuando pasa por tus manos—. Mi temor se vuelve una cascada de aire limpio

cuando me confieso ante ti y por un momento soy todo lo que no soy. Como cuando tú me nombrabas: conseguías hacerme ser todo lo que nunca fui, y aún no sé si te debo mi futuro o eres el nombre de mis fracasos. Sea lo que sea: gracias por el huracán, deja la puerta abierta a futuros destrozos y posibles arreglos y, por favor, no vuelvas jamás.

A lo largo y a lo ancho de este mar he aprendido varias cosas. Amigo es quien pone su lágrima en el ojo cuando quieres llorar, quien vuelca su risa en tus oídos cuando quieres reír, quien te cura las heridas aunque escueza y no quien evita tu caída –caerse es necesario para

aprender a andar—. El amor de una madre es insuperable, el cariño de un padre incontenible, la protección de una hermana inabarcable: la familia, en mi definición, una suerte. Amar a alguien por olvido a otro solo hará que te dejes de reconocer a ti mismo. El dolor es el amor real en futuro. Los generosos son los únicos que quieren en exceso. La música es una mujer. Llorar también es traer el mar a los ojos de uno. Los amores platónicos son luz de estrellas muertas siglos atrás; los amores reales, lluvia en el rostro. Superarse a uno mismo es un beso con lengua al amor propio. No te creas todo lo que te cuenten, ni siquiera esto: la sabiduría es

individual y solo responde a las experiencias de uno mismo.

Me calma tu cama, me duele tu duelo, me salva tu saliva. Eres todas esas cosas que un día me juré no necesitar, la total entrega sin escudos: un amor virgen, esa vida que rechazaba por cobarde —no llares cobarde a alguien que tiene miedo, solo abrázalo y dile que, al revés de todo, los monstruos existen hasta que les pones nombre: solo los valientes lo hacen—.

Y creo que te quiero de verdad: porque no te necesito y aún así no quiero que te vayas, porque eres verdad sobre toda mi vida y tu cara parece un logro sobre esta

losa que me arrastra, un beso a la flor marchita de mi lápida, porque meciste mi mano para escribir mis temores de una forma tan suave que pareció una caricia y ya no tengo miedo más allá de mí misma, porque me has hecho amar aquello en lo que dejé de creer y, mereciéndote un cielo y un nombre de diosa, te quedas en mi tierra.

Te quedas en mi tierra, conmigo, que es algo así como un paraíso cuando es contigo, una estrella en espera cuando cae la noche y un solo cuerpo abrazado a sí mismo cuando me miras y no soy yo a quien ves sino a un continente hecho lava, fuego artificial y sueños que cumplir cada noche.

Me voy a quedar aquí conmigo un rato más, en mi quietud contemplativa, mirando al cielo buscándote –o viceversa– porque tu vuelo amansa la voluntad de mi daño y alguien me dijo una vez que no hay que poner comas en la calma.

Día Ocho sin ti: me he ido a dar un paseo a la playa, ha llovido como si le hubieran roto el corazón al cielo y he comprendido que uno es de donde llora pero siempre querrá ir a donde ríe.

MALDITA ZORRA

Estaba loca: su tristeza no era de este mundo, a veces estallaba a reír cuando me lloraba sus penas y solía enredarse el pelo cuando le iba bien.

Se pintaba los labios antes de dormir: “quiero estar guapa para mis sueños”, me decía. Luego se levantaba con el rímel corriéndose en sus ojeras, como en mis mejores fantasías, y me

preguntaba la diferencia entre una nube y una ola.

Yo la observaba en silencio —un silencio consciente, pues ella era una de esas mujeres que te hacen saberte derrotado antes de intentarlo—, como si tratara de vencerla sin palabras, como si esa fuera la única forma. Ilusa.

En ocasiones todo lo que hay más allá de alguien es superfluo y todo lo que hay dentro de uno es redundante. No lo sé, le hubiera repetido un millón de veces por segundo que era más guapa que un pájaro sobrevolando el mar y que sabía más dulce que la caricia de un padre, pero ella estaba loca, loca como

un silencio en medio de una escala, y solo me besaba cuando me callaba.

Maldita zorra.

Solía decir que los peces eran gaviotas sin alas y era imposible tocarla sin que gritara. Yo lo disfrutaba: era un instrumento delicioso.

Cuando le decía que amaba su libertad se desnudaba y subía las escaleras del portal sin ropa mientras me decía que echaba de menos a su madre.

Cuando tenía miedo se ponía el abrigo y se miraba al espejo, entonces se reía de mí y se le pasaba.

Cuando tenía hambre me acariciaba el pelo y me leía un libro hasta que me quedaba dormida. No sé qué hacía ella después, pero cuando me levantaba ella seguía ahí y mi pelo estaba lleno de flores.

Un día se fue diciendo algo que no entendí, supongo que por eso empecé a escribir. Me dijo: no me estoy yendo, solo soy un fantasma de todo lo que nunca tendrás. Maldita zorra. Maldita zorra loca.

Estaba loca, joder, estaba loca.

Tenía en su cabeza una locura preciosa.

¿Cómo no iba a perder la puta razón
por ella?

NUNCA OLVIDES QUE ERES UN
PÁJARO ATRAPADO EN LA NIEVE

A mí me salva no entenderme, pero hay
unas flores preciosas creciéndote en las
lágrimas, un fuego congelándose en la
escalera que separa nuestras bocas,
arañas jugando entre mi pelo, un

estropicio latente ordenado en mis
heridas, un beso lento y en la sartén y
un montón de relojes parados
suspendidos detenidos atrapados en la
última vez que miré el lunar de tu
muñeca.

Día Nueve sin ti: no te olvido, pero hoy
he vuelto a reír de nuevo y he sentido
un anhelo reconfortante al abrir la
ventana, como si el aire barrierá los
fantasmas de mi suelo.

SIN EMBARGO

Te deseo a alguien que no te diga lo
guapa que eres sino que te lo enseñe,
para que te lo aprendas sin necesidad de

repetírtelo.

Te deseo un poema sin adorno, frases ridículas, palabras llanas y simples, para que entiendas que en el amor poesía es lo que sale de su boca y no lo que lees en los libros.

Te deseo un amante con el corazón roto para que sepa entenderte y para que respete tu tristeza cuando haya humedades, pero sobre todo para que proteja los destrozos del tuyo con el suyo y cuando tiemblen tener un sustento.

Te deseo un admirador del nudismo para que vivas lo que es una mirada

desmaquillada, para que coloques los espejos al otro lado, para que te lleve con los ojos a amar tu cuerpo sobre todas las cosas, para que respete tu belleza y haga de tu silueta el mapa de su tesoro.

Te deseo a un fiel del mar para que jamás detone las olas de tus lagrimales, para que acepte que un día serás calma y otro tempestad y aún así decida volver a ti cada día, para que no evite que te derrames, para que lleve tu sabor en la piel y mire dentro de ti aunque escueza.

Te deseo a un poeta con toda mi pena para que te condene en su egoísmo a la eterna salvación, para que te haga

inmortal cuando tengas ganas de morir,
para que la única bala que te dispare
cuando le abandones —porque tú eres
un pájaro atrapado en la nieve,
recuérdalo, amor mío— sea la que
detona una palabra, para que cuando te
sientas nadie recuerdes que eres el
olvido de alguien.

Te deseo tantas personas como amor
quiero hacerte.

Yo, sin embargo, solo te deseo a ti.

IMAGI(A)NA

La poesía me ama con tristeza y me concede el don de saber cómo inventarte, de traerte a mis orillas y volverte espuma salada en los ojos. La poesía me acaricia la espalda con los dientes, deja un rastro de sangre caliente

por mis dedos y apuñala con ternura
mis verdades.

La poesía me permite pintarte un día
entera del color del otoño, hablar del
movimiento de tu pelvis cuando atacas
con violencia las aceras, resumir de un
modo sencillo el rastro de música que
deja el silencio cuando decides llorarlo o
reírlo y llamar de otra manera a la
facilidad que tienes de curar mi
suciedad.

Puedo escribir que me amas, que hoy es
París en tu azotea, que elegiste sin dudar
mi desorden frente a su sonrisa y te
quieres por ello, que hubo una tarde en
la que hicimos el amor durante tantos

siglos que atravesamos desnudas la
barrera del sonido y los delfines
supieron de qué hablábamos.

Puedo escribir que no te has ido, que no
hay noche en la que tu lengua no meza
mi cama, que no puedes tocarte sin mis
manos, que nos declaramos culpables
de cualquier triunfo involuntario.

Puedo escribir que tus lágrimas saben a
las teclas de un piano dentro de una
nube, que en tu cuello anidan las
madres de las golondrinas y que he
visto brotar pétalos de fuego en las
yemas de los dedos de tus pies.

Puedo escribir que crecen desiertos de

arena en mi garganta cuando no te escucho, que la piel me sabe a hiel y todas las lenguas son ásperas piedras si no es tu ansia la que me espera, que te echo de menos como un cuerpo desmembrado, como un cadáver sin sustento, que te echo tanto de menos que he abierto todas las ventanas para llegar antes al techo.

Puedo escribir que vienes a verme, que vuelves a mis huecos levantando mi alma y el viento con tu falda, tus palabras diciéndome que no hay jardín sin mi lluvia y mi cariño, que no has dejado de latirme en la demora.

Puedo escribir que estás aquí esta

noche, envuelta como un gato entre mis piernas y esa manta que acaricias con ternura, que te quitas la ropa despacio como si no hubiera mirada mientras la lascivia recorre mis comisuras, que me esperas en calma en la cama tras el punto y final.

Puedo ir más allá y escribir cosas como que tú estás aquí y yo no estoy creando este poema, y solo así hacerlo verdad.

La poesía, del mismo modo, le da la vuelta a las cosas, pone boca arriba a las certezas, me explica que uno más uno solo puede ser uno, clava su pupila —

azul— en la mía y me escupe su mayor
verdad a la cara:

La vida es para quien se conforma. La
poesía, para quien sueña y desea

...y no tiene miedo de contarlo.

Día Diez sin ti: he dejado de huir
porque me he dado cuenta de que soy la
única que me sigue Tu recuerdo
tampoco: se ha quedado atrás. Creo que
me acerco a la meta.

2.22

Dime algo que no sepa, por ejemplo:
que tu tristeza siempre fue una excusa,
que mis dedos fueron flores subiendo

por tu costado, que me echas de menos
y sabes a sal, que te destrozó no
intentarlo, que tu cama es el lugar más
frio de esta parte del mundo, que llegas
tarde a todos los sitios porque vives en
el pasado.

Dime algo que no sepa, por ejemplo:
que no me quieres, que eres feliz o que,
de puntillas, llegas a tocar las nubes de
mi cabeza.

Te diré algo que no sabes, por ejemplo:
que aún sostengo tu novena nota en mi
cuerda de tender, que se murieron todas
las plantas que tocaste, que no me
arrepiento porque jamás te llamé futuro,
que un día me acosté con tu recuerdo y

desde entonces me levanto en medio de un charco de cenizas, como si hubiera dormido sobre un fuego carnívoro del tiempo.

Te diré algo que no sabes, por ejemplo: que el día que moriste nadie vino a verme, que eres causa y afecto, que me hace feliz ser feliz sin ti.

SOY LA AGUJA DE MI PAJAR

Estoy tan lejos de mi cuerpo, noto tanta distancia entre el rostro y el alma, que a veces me miro en el espejo y no me veo, pero me conozco.

Soy frágil y pequeña: preciso de una mano que acaricie mis decisiones.

Crezco, pero necesito sostener mi infancia un poco más. No soy nadie sin el resto y me asusta saberlo. Imagínate reconocerlo.

Siempre que escribo sobre mí termino rizando las pestañas a otras musas: mi punto débil soy yo misma, entera. Soy la aguja de mi pajar.

No quiero saber quién soy. Soy nadie sin mi hermana. Soy nadie sin mi madre. Soy nadie sin mi padre. Soy nadie si no sé decírselo. No sé decírselo si soy nadie.

Busco que me quieran pocos, muy pocos, por quien soy, y que la admiración no pase del qué. Las multitudes me provocan tristeza y los silencios me paralizan.

Mi inseguridad necesita un espejo cada día que le recuerde que el rechazo también es una segunda oportunidad.

Me aterrorizan las penas de las personas que quiero, me oprimen el pulmón y me

tiran del pelo. Tengo insertadas en mi garganta multitud de tristezas ajenas como agujas del revés atravesando almohadas.

Cómo no voy a escribir sobre otros si construyen mi pecho edificándolo en el infierno.

Cómo voy a superar la muerte de mis plantas, de aquel pez que tuve hace unos años, de aquella tortuga que murió al mes de llevarla a casa. Cómo voy a superar el dolor de mi otro brazo, la puta injusticia que subraya el azar, las ausencias consentidas, esa pena que es un latido constante y silente y deja ronca a mi cabeza.

Cómo voy a hacerlo si vivo en una carrera constante con lo que aún no me ha pasado, y siempre gano, y siempre pierdo.

Ven a acariciarme el pelo, por favor, que me pesa demasiado el corazón y otra vez acabé besando a otros después de mirarme en el espejo.

Día Once sin ti: me he olvidado de que
te estaba olvidando y te he olvidado.

NO ERES TÚ, ES LA POESÍA

No me gustas.

Es más, odio esa boca: parecen dos gusanos rosas serpenteando entre un festín de fuegos artificiales con sabor a melocotón, con olor a hierba recién...

Que no. No me gustas.

Detesto tu pelo, tan despeinado que parece hecho a propósito, tan largo que está siempre fuera de lugar. No creo en él. Cuando lo toco parece ceniza y me invade una tos en el pecho y su tacto me recuerda a ese día que hundí los pies en la arena de aquella playa de Barcelona después de más de tres años sin ver el mar y creí ahogarme mientras

volaba y de repente todo era azul y todo era tan suave como...

Que no. No me gustas.

Me da asco tu voz, su manera de precipitarse sobre el mundo como si tuviera todas las respuestas, la excesiva torpeza de sus palabras, el lugar equivocado sobre el que se asienta, su exasperante lentitud al hablar como si fuera una mariposa desnuda e hiciera el amor a todo lo que ve tan despacio como si aún fuera ayer y mi cuello estuviera siguiéndole el compás, cayendo en sus vocales azucaradas y silentes, volviendo a redactar su abecedario de prosa floreciente...

Que no. No me gustas.

Siento indiferencia por tus latidos,
siento un vacío atronador por tu vida,
por tus idas y venidas, por tus triunfos
calculados y tus victorias dirigidas, por
tu cuerpo fracasado, por ti desnuda,
indefensa y derrotada aunque así seas lo
más parecido a la libertad que saboreé
desde el suelo, un encanto sin remedio,
un abrazo inherente a tu lápida, tus
ojitos tristes llamándome ambulancia, el
olor de tus pestañas pidiéndome ayuda,
mis ganas de dormir a tu lado...

Que no. No me gustas.

Cállate. Deja tu sexo a un lado. Deja mi

alma al otro.

Que no me gustas.

Es insoportable tu caminar por las azoteas, esa forma canina de tropezar en mi tejado y traerme tus heridas. Es totalmente insoportable el olor a asfalto que dejan tus huidas. Hay tantos cadáveres bailando en tu tumba que creo que estoy muerta, esperando a que suene la música.

No me gustas. Pese a lo que viene después.

Porque no es por ti, mi amor.

No eres tú, es la poesía.

RESCATE

Si no existieras tú, si fueras, no sé, un tirabuzón trenzado, una dicotomía entre tu alma y tu cuerpo, ganas que se quedan en ganas. Si fueras, cómo decirlo, alguien que se ajusta a los límites de los días, una sospecha, un intento.

Si no existieras tú, si fueras otra cosa con tu misma cara, voz y manos, pero

otra cosa, en mi fin y en tu cabo, te
atravesaría entera, te rompería las
barreras, te cruzaría de norte a sur
pisando tu brújula como el náufrago
que traspasa bosques para llegar al mar
y te habitaría con mis barcos en la proa
de tu esencia esperando sin ningún tipo
de duda ni tiempo el rescate.

Día Doce sin ti: he conocido a alguien,
soy yo. Voy a darme una oportunidad.

DOBLE O NADA

Todos estamos enamorados. Solo
algunos estamos despiertos

El amor es un paréntesis abierto.

- ¿Me quieres? - Más que a mi vida, dijo
el suicida

Supe que aún la quería porque la odiaba
con una brutalidad de ensueño. Supe
que ya no la quería porque el odio

desapareció. Doble o nada.

Sé que me haces feliz porque mi tristeza no te reconoce.

Estaba tan guapa que me hizo dudar:
¿Iba a quererla por fuera o a quererme por dentro?

La quería con la eternidad que concede la brevedad de un momento inolvidable.

Cuando te atreviste a leerme yo ya estaba en otro libro.

Pasábamos tanto tiempo juntas que creíamos que no hacíamos otra cosa. Nos equivocábamos. Lo estábamos haciendo todo.

Me pidió que le escribiera un poema de amor. Dibujé un pájaro y se fue.

No hay peor forma de olvidarse que

desconocerse.

Eres un ángel caído, pero tú me enseñaste a volar y ese es motivo suficiente para que te vuelvas a levantar.

Tiendo a reconciliarme con mi mundo cuando veo a alguien hablando solo en voz alta: una soledad menos.

Soy igual de débil e igual de fuerte que una flor en medio de un campo en

ruinas.

Comparto mi soledad con mi espalda;
por eso siempre estoy en constante
huida: solo me abrazo.

Mis ojeras son sueños desbordados
desde que me besaste los párpados.

Te empeñaste en ser la primera y lo
fuiste, pero no te diste cuenta de que en
el amor quien gana siempre es quien

llega último.

Te quiero hasta que me demuestres lo contrario.

El olvido es un estado de putrefacción.

No se trata de andar mirando al suelo, sino de caminar buscando sus huellas.

Entender un abrazo por la espalda como

si un cuerpo fuese causa y el otro
cuerpo efecto.

Desde que te cobija, mi espalda entera
es una herida.

La vida me sonríe y tiene sus dientes.

Hay momentos en los que la vida te
coloca a la misma distancia de huir o
quedarte para siempre.

La paz no es la ausencia de ruidos, es escucharlos y convertirlos en silencio.

Ellos luchan por demostrar que son los mejores escritores. Yo solo intento probar que mis musas son otras.

Escribir es de cobardes; pura valentía, el amor. Todo junto, poesía.

Dos personas olvidándose solo están queriéndose de otra manera. El olvido

llega con la soledad, cuando uno es solo
uno y no hay hueco para otro.